

Antonio de Undurraga

Marcha magna y otros poemas

I

MEMORANDUM DE LA MARIPOSA



REPUSCULO en dos pliegos.

Bombó para uso de corolas.

Mapa de la luz.

Mandil de celestes caballos.

Flor sin motor.

Velero angélico.

Chispa de un peregrino arco iris.

Naípe alucinado.

Antifaz de la brisa.

Llama condecorada.

Mensajera de un ballet en siete colores.

Vitró herido en las sonámbulas catedrales del aire.

Bisagra del arco iris.

Luz petrificada.

Corbata de ebrios arlequines.

Cometa cortada por núbiles gnomos.
Luminoso aviso en las sienes del jardín.
Helicóptero de terciopelo.
Voluble sello en el correo del viento.
Trinitaria libertada de su claustro verde (1).
Anima de tapices ya muertos.
Flor fosforescente.
Agil balanza en el peso de la luz.
Abanico seráfico.
Chamanto que ambula en el fanal del día.
Peineta en los blancos cabellos del viento.
Mosaico ebrio.
Estandarte en dos pétalos.
Pensamiento en párpados de muselina.
Infanta del arco iris.
Condecoración en los azules dedos del aire.

¡Volad, volad siempre por que sea luz en el hombre,
la hermosura que habita en la vida breve!

LOS PUÑOS DE CAUPOLICAN (1)

¡Expandid vuestros músculos como las fastuosas carnes
de una locomotora oceánica,

(1) El poeta alude a la flor llamada trinitaria y que, vulgarmente, se la denomina «pensamiento».

(1) Guerrillero araucano que luchó contra la conquista española. Obtuvo su cargo de Toqui por haber sostenido 48 horas consecutivas—según narra Ercilla—un pesadísimo madero sobre sus hombros. Cautivo, fué sometido al suplicio de ser sentado en la punta de una pica y, simultáneamente, muerto a flechazos,

que vuestros músculos resbalen como el gelatinoso
y rojo crepúsculo de un bloque de congrios;
Chile ansía el aire que gestan los músculos
de los pumas sitiados en la torre de vuestros puños!

Vuestros hombros, ¡oh, gran Toquil ya no precisan de
[alcohólicas
columnas de púrpura, ni de maderos
que debéis sostener tres días con sus noches
para distraer un menguado Partenón
de hombres y tortugas mapuches e hispánicas.

Gran Toqui: ¡sed el canoero iluminado
y echaos a Chile sobre tus hombros, a Chile
mágica canoa terrestre con polvo, harina y sodio de
[estrellas,
canao magna azotada por las líquidas murallas
del Océano Pacífico y que crece
en la enloquecida sed
de chapotear en los compactos pétalos de sus aguas.

Que así ya nadie de nuevo podrá sentaros
en la epiléptica punta del pararrayos
de todos los conquistadores góticos.
Que los césares han de tornarse polvo y dentadura de
[hormigas.

Arauco por todos los herméticos siglos,
enloquecido al pie de secas lágrimas llorará
no haber visto, ni conquistado el mar.

Y tú, ¡oh, gran Toqui, para el hombre de los galeones
sólo fuisteis el billete cobrizo, sudoroso,
que agónico se clava en un clavapapeles.
Ni supisteis que el bauprés es una lanza,
un guerrero que en los salobres crepúsculos batalla.

Marinos cuyos pantalones revolotean
con el cobrizo viento que forja vuestro tórax,
maitenes que se entrechocan con verdes huesos aventu-
[reros,
con el cobrizo viento que forja vuestro tórax;
canales australes, cordilleras ensangrentadas, coaguladas,
por la sangre que te mana al desclavarte las flechas;
torcazas, puertos, calles, gaviotas chorreadas de púrpura,
por la sangre que te mana al desclavarte las flechas,
te suplican, ciclópeo San Sebastián experimental,
que os echéis, ¡oh, celeste canoero! sobre tus hombros
a una América marinera.

Os suplican que no olvidéis que por toda silla y
[cátedra
el imperialismo cesáreo, a modo de curul,
os dió la impúdica punta de una pica.

Os suplican que no olvidéis que coronado de calan-
[drias, lloicas
y verdes caballos marinos, el maíz os llama
con amarillas y bíblicas barbas, con su hocico
colérico y clarividente,

Gran Toqui: ¡mirad cómo todo un pueblo pende de
 [vuestros puños
 y espera que dejéis caer en el Pacífico
 una canoa magna, intrépida, tripulada
 por cinco millones de cobrizas sirenas y marinos!

DIALOGO DE LA GARGOLA

Cuando en la punta de los dedos se abren turbios ojos,
 e iluminan subterráneos zafiros,
 entonces, descienden por mi sed los sabios bueyes
 y el buque que era nuestro es tan solo un diente de
 [murciélago,
 un sombrero de copa en la testa de un congreso
 de hipopótamos imperiales.

Pero, ¡cuán arduo es mi diálogo en medio de las
 [gárgolas!

Un ceño de musgo me ha calcinado la lengua.
 A menudo resbalo por las cúpulas y arrojó
 puñados de ganzúas envueltas en legítimas
 banderas de ceniza enronquecida.

Y aun los días se dislocan
 como vértebras sudorosamente ebrias.
 En la garganta aun tengo un denso grifo de sangre.

¡Dios mío! ¡Qué semáforo de pulpos para el ahogado
 [celestel!

Creo que ya no descienden por el túnel de la sed los
[días verdes.

En la tierra impera un reloj de hachas cejijuntas;
pero una luz sublime incendia los zapatos abogados;
sagradas ventosas murmuran en los pies del marino
[mercante:

portan máscaras de niebla y púas, remachados al puente
y las banderas gritan en las aguas, anudadas
por un encandilado muro de ojos subterráneos.

Diréis que es absurdo pero mi endriago y gárgola tutelar
con un sordó aliento de esmeraldas amargas,
con los pies atados por un parco cable de tinieblas
[absolutas
y la piel cubierta de ceniza roja, ha puesto en mi garganta
el diamante capital y ambas pezuñas
para bien morir.

MARCHA MAGNA

Yo os quiero dejar en posesión de vuestra audacia y
[fortificaros, grandes amigos y camaradas míos;
yo quiero que el rojo pulso de cada uno de vosotros sea
aromático y desnudo: la densa quilla de ciprés o peumo
que hiende y oscila como un hacha en el terco vientre
[de nuestros mares azules:

yo os quiero dejar en posesión de vuestra audacia y
[fortificaros grandes amigos y camaradas míos:
enseñaros que el oficialismo es un perro muerto y
[sanguinolento,

un volantín descolorido y anudado en los hilos del
 [telégrafo,
 un ágil matapiojos devorándose a los más intrépidos
 [mosquitos
 y parásitos del estanque que tiembla
 en su acuática enagua de nenúfares.

Es preciso que os fortifiquéis. Cada uno de vosotros
 debe llevar las ocho columnas de Partenón en el pecho
 y los más jubilosos y ecuanimes chasquis o correos del
 [Inca en la boca.

Es preciso que os fortifiquéis y digáis toda la verdad a
 [los excelentísimos capataces de América;
 cada uno de vosotros debe descargar toda su electricidad
 [macho
 y encender al Pacífico como un cuchillo enfurecido,
 [terráqueo
 y lanzar sobre él grandes puentes jadeantes de barcos.
 ¡Y apuntad todas vuestras carabinas sobre las gaviotas
 [políticas
 que en la caleta se disputan turbias tripas!

Pero, ¡ay de vosotros, si como el godo ibérico
 os declararéis náufragos en vuestros domicilios
 y desde allí en verdes botellas lanzáis mensajes
 a los pueblos de Chile y de América!

Ha llegado la hora de abandonar los domicilios.

Ha llegado la hora de empedrar las plazas, las cunetas,
 [los puentes, los puertos,

las montañas, los ríos y los caminos con vuestras voces
y las escuálidas carnes de vuestros insobornables y
[grandes corazones.

Yo sé que el resplandor del mío atribula y confunde
[a muchos impostores.

Yo sé que el resplandor del tuyo los carbonizaría
como a pálidas moscas que chocan y crujen
en la guillotidora eléctrica del restorán
de Pedro Yumbel González.

Yo sé que ha llegado la hora extrema y que los niños
[hambrientos de Chile,
precisan que tu persona vaya por las plazas, los puertos
[y los caminos,
taconeada de polvo y laureles encendidos.

¡Oh, quedarse en casa como una rata colonial
y coger la postura de un Buda con su voluminoso
[ombligo de jade,
cuando no hay un Bardesi, ni un Filomeno García,
[cuando no hay un O'Higgins
y un Recabarren ya se ha suicidado!

Pero, ¡huid, huid del gitano que puso dinamita a su
[carpa;
huid, huid del tornero que iba a forjar su estatua
y que junto a la pulposa lengua del Otoño
se le agusanó la madera;

huid, huid del marinero que no oyó la sirena de su
[barco
y que en la playa, ya para siempre, le escupen los
[minotauros;
huid, huid del pastor que se entrevista con el chacal
[de verdes mandíbulas
para curar los párpados y las lágrimas de sus ovejas;
huid, huid del granjero que llevó todo el trigo a su
[sepultura
y que allí espera la muerte del trigo y la resurrección
[de la carne;
huid, huid del zapatero que obsequió sendas botas a la
[estatua de la Libertad,
mientras los pies de todos los desposeídos terminan en
[lirios morados;
huid, huid del tejedor que os prometió una túnica y
[que ni siquiera
la ha tejido con las fibras de la última lluvia;
huid, huid del campesino que os asegura que el pan es
[la cara de Dios
y que, impávido, día a día, soporta que el panadero
reste toneladas de peso al rostro de Dios;
huid, huid del andinista que escaló el Aconcagua,
y que es incapaz de darle un puntapiés al Dictador
elevado sólo a veinte metros de altura;
huid, huid del juez que administra justicia en una
[cómoda silla
y que sus sentencias se cumplen en la silla eléctrica;
huid, huid del crítico que para coger grandeza

precisa devorarse los intestinos del águila;
huid, huid del pedagogo infatuado que se sabe su oficio,
como una frígida máquina de escribir el suyo;
y huid, huid, finalmente, de la turbia boina del yo
[por el yo,
de todo torvo compadre de aldea que reduce
el volumen de un pueblo al tamaño de sus turbios y
[negros bolsillos!